

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

43

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

Para entender a esta América inventada que se va descubriendo y formando al paso de los años que se cuentan desde los primeros contactos humanos hay que verla desde el esfuerzo que significó la construcción de una nueva macro matriz cultural, enteramente mestiza, proveniente de distintos sitios y tiempos: de familias que viajaron desde variados sitios del incario para fusionarse, más tarde, con otras que llegaron a poco de iniciada la segunda conquista, y en la que tuvieron rol indispensable –aunque relegado mañosamente- las mujeres que solas, con sus esposos, hijos o allegados, arribaron a estas tierras. A ellas dedicaremos especial atención en próxima entrega.

De esas fusiones se formaron las primeras familias que, creciendo, dieron origen a viejas y numerosas derivaciones. Esos troncos familiares son actores principales de la estructuración demográfica y social de pueblos mestizos como Otavalo o Ibarra -y podría citar a todos-, en una tarea que no requiere de protagonismos públicos permanentes.

A partir de la muy documentada presencia que se registra luego del terremoto de 1868 se puede advertir el rol de las familias troncales desde la orilla de lo que considero el milagro de lo cotidiano. Con espíritu rural que no nos abandonaría hasta muy entrado el siglo XX, se consolidaron, a través de esfuerzos, unas veces personales y, los más, colectivos, pueblos y ciudades. A través de trabajo integrado se hicieron posible obras como la construcción de un tramo de la vía férrea que unió Quito con Otavalo y poco después, con Ibarra, haciendo realidad el antiquísimo sueño de llegar al mar.

Pero era integración que se hacía también con la recreación colectiva: animarse en mañanas deportivas, siempre con la presencia de la banda de pueblo –más tarde bandas municipales-, hizo que el fútbol se volviera cada vez más importante. Como lo describió Alfonso Cisneros Pareja,

Que magníficos tiempos aquellos cuando veíamos aparecer en la cancha a los futbolistas con traje típico del deporte: zapatillas de charol, calcetín de seda, blusa azul con listas albas verticales, calzón tapando la prominencia de la rodilla y apretada la frente con un pañuelo de blancura impecable como para hacer demostraciones de acrobacia en el lomo de un vacuno... El fútbol de esos tiempos, más que una demostración de técnica fue una demostración de fuerza y de hombría, se impuso la brusquedad y mereció el calificativo de “mejor jugador” aquel que, a empellones mandaba al suelo al contendor o el que lanzaba a mayor distancia la esférica. Y luego, la finalización de la jornada con emanaciones de sangre de las heridas abiertas por la ruda caricia de la cancha, la actual plaza del mercado.

Y, otro acontecimiento que suscitaba integración colectiva fue, sin duda, la fiesta de los toros populares. Era parte de la vida cotidiana que no ha sido resaltada por nuestros historiadores o cronistas sino en borrosas y panorámicas bocetos. Dos recuerdos de esa fiesta ilustran esta página.

ESTAMPAS DE LA VIDA COTIDIANA: TARDES DE TOROS POPULARES

Luis Enrique Cisneros Jácome (textos inéditos) en Cisneros II

Realizar corridas de toros era un acontecimiento especial que tenían lugar en las plazas destinadas para mercados [...] con la autorización de las autoridades, en torno a la plaza se construían embarramientos en cuya parte superior se construían los palcos familiares [...] los palcos que se construían sobre la palizada inferior, iban cubiertos con sábanas y adornados con vistosas colgaduras y festones. Los espacios inferiores los utilizaban para la venta de toda clase de alimentos y bebidas. De allí llevaban a los palcos, en charolas o bandejas metálicas relucientes, los exquisitos “helados de paila”, las bien olientes, provocativas y renombradas fritadas, las delicadas y sabrosas tortillas y empanadas, etc.

Con tiempo se ponían en circulación los programas de las festividades taurinas, en las que se hacía constar, en primer lugar, la procedencia del ganado, luego los nombres de las instituciones y de las personas más adineradas que debían contribuir para el “humor”, de las señoras y señoritas que debían dar las “colchas”, confeccionadas artísticamente con vistosas y finas telas de raso o seda que, a la manera de las caparazones que en los tiempos medioevales solían ponerles a los caballos, pero más pequeñas, se ponían entre los lomos de los astados de mayor bravura, a los que los aficionados más diestros y valientes les “quitaban” ejecutando lances elegantes y arriesgados.

Otras veces los arranchaban los mirones, desde las barreras, hecho que el público censuraba con chiflas y silbatinas. Finalmente, se hacía constar los nombres de los mercaderes más acaudalados para que contribuyeran con el “toro emplatado”. La corrida del día terminaba con el “toro de la oración” que se lo lidiaba cerca del anochecer.

[...] Al palco municipal, el más espacioso de todos, acudían las autoridades locales y provinciales así como personalidades de otros lugares. Todos ellos eran agasajados preferentemente, con fondos asignados por el ayuntamiento.

El público era también regalado con abundantes refrescos y aguardiente puro.

Un retumbante camaretazo disparado a la una de la tarde anunciaba la iniciación de la corrida. Millares de gentes de toda condición acudían al improvisado coso taurino. Los palcos presentaban un aspecto de lo más pintoresco y atractivo. Elegantes y bellas mujeres los ocupaban, y sus rostros festivos y risueños alegraban los corazones de quienes las miraban. Algunas de ellas iban trajeadas a la usanza española, con sus faldas anchurosas y largas, de múltiples repliegues, con sus abanicos y sus chambergos de faldas entiesadas.



Una tarde se jugaban toros de la hacienda “Piñán”. Eran toros remontados, temibles por su braveza. [...] a uno de los cuatro amigos que ya habíamos libado una botella de coñac y unas cuantas cervezas, se le ocurrió que saliéramos a torear. Los demás acogimos de inmediato la insinuación y nos aprestamos a salir al coso. Un desconocido de color pasaba, distraídamente, cerca de la barrera, con una capa al brazo. Le pedí que me prestara y lo hizo, gentilmente, de inmediato.

-Vamos, les dije a mis amigos, y trasponiendo la barrera salí a la plaza con reprimido aunque perceptible tambaleo. Mientras me dirigía hacia el toro que se ballaba algo distante, todavía, me detuve un momento para re-

unirme con mis compañeros y al observar que ninguno de ellos aparecía, sentí un inusitado temor al verme solo y más aún, al ver al toro negro, de mal agüero, con el testuz levantado, su mirada de fuego, presto a abalanzarse sobre mí. De los humos del alcohol ingeridos no quedaban ni vestigios en mi cabeza. El miedo, convertido en pánico, sacudía mi cuerpo con temblores palúdicos y me sentía paralizado de terror. En cada pestaneo le veía más grande a la bestia que ya comenzaba a raspar el suelo con sus pezuñas.

Sentía ansias de arrojar la capa y correr, correr... Mi pundonor me vedaba cometer tal cobardía. Me sentía endeble, incapaz de defenderme. Y era que jamás había toreado en mi vida, ni siquiera a un cordero. El toro se dirigió hacia mí y detuvo, milagrosamente, su embestida al verme completamente inmóvil. Una nueva, impetuosa y mortal embestida, fue desviada el momento mismo en que iba a caer exánime.

- ¡Aléjate!, fue la voz prodigiosa que escuché en ese instante. Fue la voz resucitante de mi hermano Gabriel, quien le fue alejando cada vez más con sus capeos valerosos y esmerados. No me fue difícil obedecerle y aparentando serenidad, me fui acercando al lugar donde mis “valientes” compañeros me esperaban, copa en mano, para celebrar mi audacia.